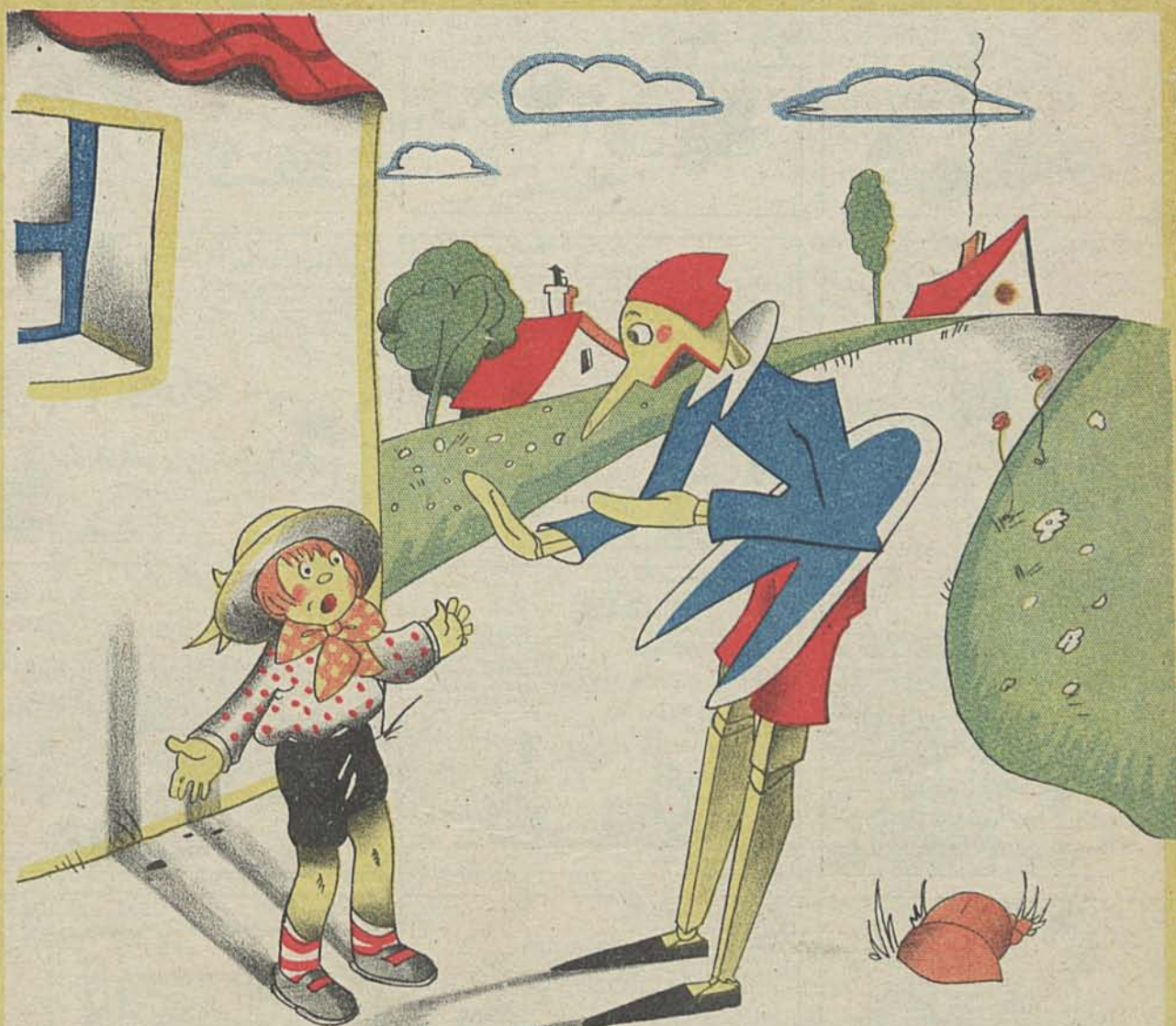


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 324

25 cts

3 MAYO
1931



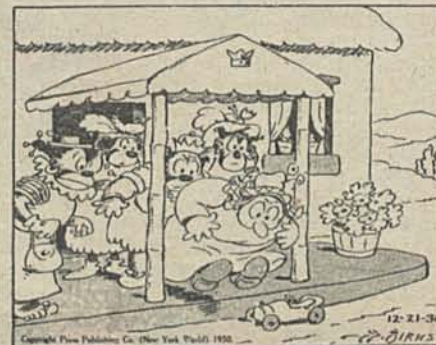
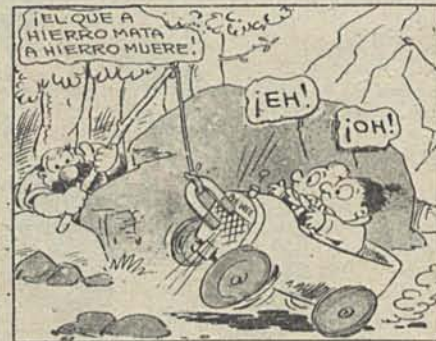
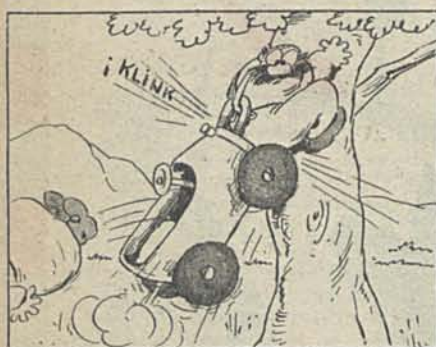
- ¿VIENES A BAÑARTE?
- NO; PORQUE AUN NO HE HECHO LA DIGESTIÓN!
- PEREZOSO! ¿Y POR QUÉ NO LA HACES?

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

Por
E. Salgar L



(Continuación)

—¡No tengo deseos de que esos animaluchos den cuenta de mí!

—Y parece que tienen intenciones de acampar aquí mismo—dijo Jorge—. ¡Miradlos dispuestos a dormir entre las hortensias!

—¡No hay que fiarse de su sueño!

—Descuidad, señor John.

—Lo digo porque tienen la costumbre de dormir con los ojos bien abiertos.

En aquel momento, los tres hombres oyeron que desde lo más alto del árbol lanzaban un grito que más parecía de sorpresa que de terror.

—¡Minnehaha! ¿Qué le pasará?

—¿La amenazará algún peligro?—preguntó John.

—¡Voy a verlo!—dijo Jorge, que era el más ágil de todos.

Se echó el rifle a la espalda y comenzó a escalar las alturas del árbol, hallándose bien pronto en la cima.

Minnehaha, que debía tener la agilidad de un mono, se encontraba allí, montada en una rama y mirando muy atentamente hacia el lago.

—¡Eh, bribona! ¿Qué miras?

La salvaje hizo un gesto de rabia, y mirando al hombre blanco con malignidad y odio, respondió:

—Miro hacia allá, hacia los cuervos (*corvis*).

—¿Y por eso has gritado? ¿Tienes quizás miedo de esos pajarracos? ¡Ya tendrán que esperar bastante antes de comerse tu carroña! Tienes los huesos duros, y morirás muy vieja.

Minnehaha se echó a reír, enseñando sus

dientes, blancos como los de un jaguar joven, y nuevamente miró adonde antes.

—¡Hum!—dijo el cazador, escamado—. ¡Por algo has gritado tú! ¡Nadie me hará creer que tú, una *piel roja*, hayas tenido miedo de los cuervos!

El cazador dirigió la vista hacia el punto donde indicaba la muchacha, y un grito se escapó de sus labios.

—¡Cuervos...! ¡Si son los *corvis*!

Dos docenas de *pieles rojas* avanzaban al rote por la orilla del lago, dirigiéndose al sitio que ocupaban los *pecaris*.

A su cabeza, en un caballo blanco, cabalgaba un guerrero que llevaba un manto semejante al de Minnehaha; a aquel guerrero seguían otros dos, uno de los cuales vestía un traje que no era indio.

Como aun estaban lejos, Jorge no pudo distinguir que este último no era otro que *Nube Roja*, el cual iba al lado de *Caldera Negra* y de *Jalta*.

—¡Baja!—dijo imperiosamente a Minnehaha, enseñándole el puño—. ¡Por eso decía que eran cuervos!

—Déjame ver a los guerreros de mi país—respondió la india.

—¿De tu país has dicho?

—Sí.

—¿Son *sioux*?

—Me parece.

—¡Razón demás para que bajes corriendo!—respondió el cazador.

En vez de obedecer, Minnehaha subió a la más alta rama del árbol, ya tan endeble, que no podía sostener al cazador.

—¡Ah, maldita víbora! ¡Como no bajes te doy un tiro! ¡Te advierto que lo hago como lo digo, y das sin querer un salto de cuarenta metros!

Después de haber intentado en vano subir más alto, la muchacha se decidió por fin a bajar.

—¡Deja, rostro pálido; ya bajo!
—¡Granuja! ¿Querías indicar a tus compañeros nuestra presencia en este árbol?

—No—protestó la muchacha.

—¡Calla, serpiente, y baja delante de mí!

Viendo la muchacha que no podía hacer resistencia, bajó con la agilidad de un mono, llegando hasta donde estaban John y Harris.

Jorge la había seguido prontamente, aunque le estorbaba el rifle.

—¿Y qué?—preguntaron con viva ansiedad su hermano y John.

—¡Que nos cogen!—contestó Jorge.

—¿Quiénes?—preguntó el *indian-agent*.

—Los *arrapahoes* y los *sioux*.

—¿Están ya aquí los guerreros de Jalta?

—Así parece—respondió Jorge—. Minnehaha debe de haber reconocido a los tigres rojos de la montaña.

—¡Estamos perdidos!—no pudo menos de exclamar John.

—Minnehaha puede haber mentido—dijo Harris—. ¿Se puede dar crédito a esa niña, que tal vez haya querido asustarnos?

John fijó los ojos en la niña, que fingía estar distraída mirando a los *pecaris*, pero que no había perdido una sola palabra.

—¡Habla, víbora! ¿Vienen los *sioux* con los *arrapahoes*?

—No lo sé—respondió la niña—. He visto muchas plumas sobre la cabeza de algunos guerreros, y los *sioux* no las llevan.

—¡Vete al demonio!

Minnehaha se encogió de hombros, se alisó los cabellos y prorrumpió en una risita irónica.

—¿Cuántos son?—preguntó Harris a su hermano.

—Lo menos doscientos.

—Si vienen guiados por *Caldera Negra*, no nos libramos del terrible palo de la tortura; ¿verdad, John?

—¡Todavía no estamos presos!—respondió el *indian-agent*, repuesto ya de su primera emoción.

—¡Y sin poder huir, a causa de estos malditos *pecaris*!

—Pues yo les daría las gracias, porque son los que van a salvarnos.

—¿Cómo?

—Espera que lleguen los indios y presenciaremos una espantosa lucha. Al llegar los indios, estos animales creerán encontrarse frente a los matadores de su compañero, y arremeterán contra ellos. Ya verás como los caballos no resisten mucho a sus arañazos.

—¿Y nosotros?

—Nos aprovecharemos de la confusión para huir.

—¿Sin caballos?

—Por ahora hay que renunciar a ellos. En cuanto a Minnehaha, tápala bien la boca. Si lanza un grito, no nos salvaremos.

Jorge cogió a la muchacha, la amordazó con un pañuelo y la ató a las ramas del árbol, mientras los *pecaris*, más furiosos que nunca, continuaban destrozando las plantas.

Los tres aventureros se habían escondido en lo más espeso del follaje y esperaban tranquilos la llegada de *Caldera Negra* y sus guerreros, sin sospechar que iban a habérselas con la propia Jalta y sus *sioux*.

CAPÍTULO IX

La hacienda de San Felipe

Los doscientos indios entre *sioux* y *arrapahoes*, guiados por *Nube Roja*, Jalta y *Caldera Negra*, después de haber recorrido algún terreno buscando las huellas de los tres aventureros, se lanzaron resueltamente al sitio donde *Nube Roja* sabía que habían establecido el campamento.

Como todos los indios, el ex *gambusino* sabía orientarse muy bien sin necesidad de brújula, de las estrellas, ni del sol y tenía la esperanza de sorprender a los aventureros todavía durmiendo.

Con un rápido galope guió a la banda hacia levante, y no paró hasta llegar al sitio donde

(Continuará en el próximo número.)

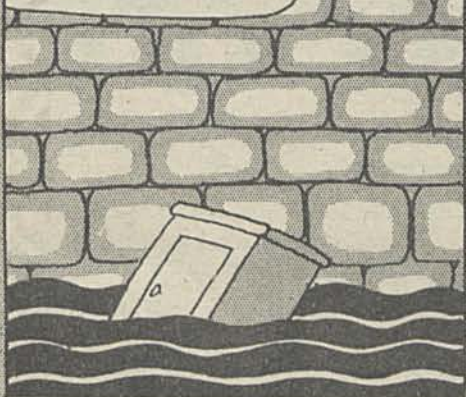


CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



CONTINUACIÓN

A JUZGAR POR EL BALANCEO DEL ARMARIO, CHUFITA Y PERICUELO DEDUJERON QUE LOS ARRASTRABA UNA CORRIENTE DE AGUA



POR EL AGUJERO DE LA CERRADURA VEJASE UN LARGUÍSIMO TUNEL. POR EL QUE CORRÍA UNA GRAN CORRIENTE DE AGUA



QUE AL FINAL SE PRECIPITABA DESDE UNA ENORME ALTURA ¿QUE PASARÍA CUANDO LLEGASE ALI EL ARMARIO?



PUES OCURRIÓ QUE CHUFITA Y PERICUELO ABRIERON EL ARMARIO Y SE COLGARON DE UN CLAVO MIENTRAS EL ARMATOSTE SE HACÍA ASTILLAS EN EL FONDO DEL ABISMO



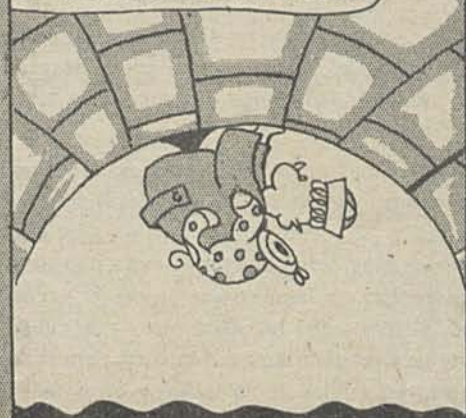
Y DESDE LO ALTO DEL PEÑASCO, LA BRUJA Y CUCALÓN REÍAN.... ¡SE HAN ESTRELLADO! -GRITABAN- ¡JA, JA, JA!



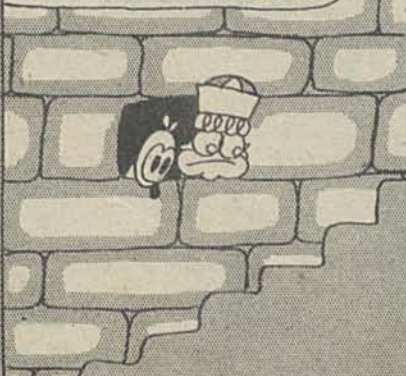
Y CREYÉNDOSE LIBRES DE AQUELLOS DOS HUESPEDES MOLESTOS, SE FUERON LLENOS DE ALEGRÍA



CHUFITA Y PERICUELO, ENTRE TANTO, GATEABAN POR LAS PAREDES DEL TUNEL EN BUSCA DE UNA SALIDA



AL ASIRSE A UNA DE LAS PIEDRAS DEL MURO SE DESPRENDIÓ DEJANDO AL DESCUBIERTO UNA ESCALERA, EL HALLAZGO NO PODÍA SER MÁS INTERESANTE



Y COMO NO ERA COSA DE PENSARLO MUCHO SE METIERON POR EL AGUJERO Y TOMARON ESCALERAS ARRIBA



CONTINUARÁ



Continúa el aerobús su marcha triunfal a través del espacio cruzando sobre tierras y mares en su incesante navegar. Hoy se halla sobre el Indostán y desde la barquilla contempla la gran familia pinochista uno de esos espesos bosques tan frecuentes en el país indio.

En uno de los pocos claros que deja ver la verde fronda aparece, tomando el sol, una gran manada de elefantes, de color gris acerado, y esto atrae la atención de los pasajeros del aerobús.

LOS ELEFANTES DE LA INDIA

—¡A ver, señor buho, hablemos del elefante indio!—exclamaron todos al ver aparecer sobre cubierta al sabio buho con las antiparras caladas. Éste, saluda con una reverencia y encaramado sobre su tribuna, dirige la palabra al auditorio y les dice:

—Si la India tuviera que escoger su animal simbólico, como Francia tiene su gallo, Australia su canguro y Canadá su castor, escogería el elefante, animal tan cantado por los poetas indios y tan profusamente representado en las fachadas de los palacios y de las pagodas.

Desde hace innumerables siglos, los elefantes están monopolizados por los virreyes indios, como «montura oficial».

Pertenecen, por tanto, al soberano indio y nadie puede cazarlos sin su especial permiso.

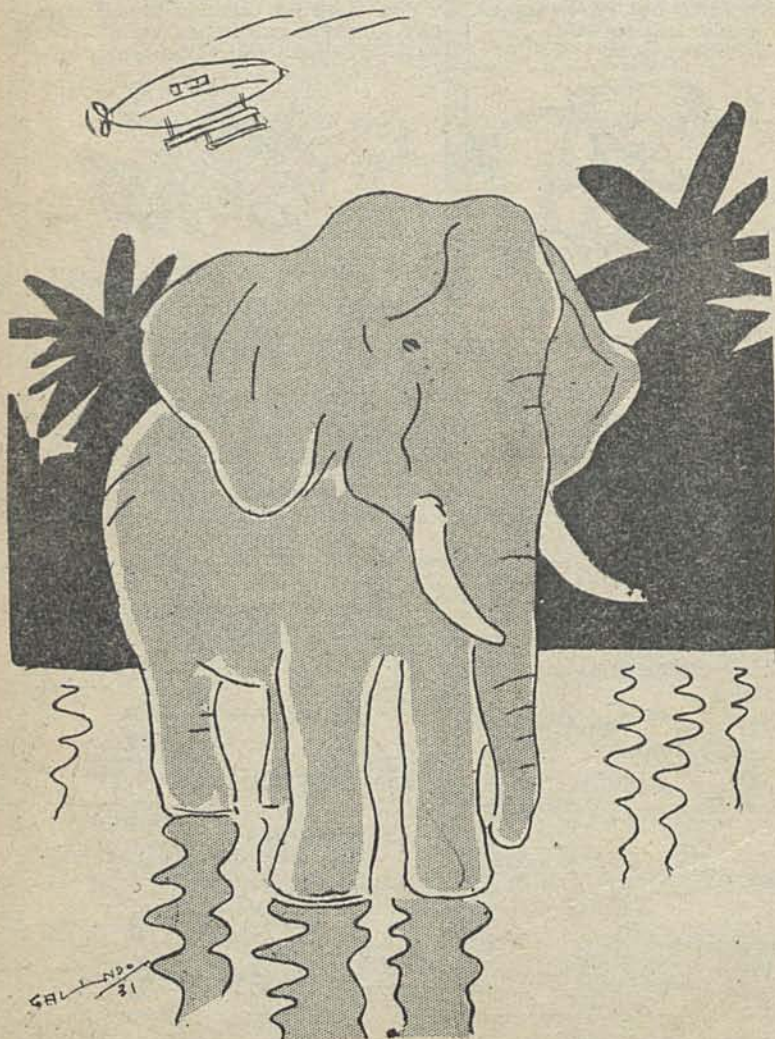
Cuando se ha dado caza a una banda de elefantes, los representantes del poder escogen los mejores ejemplares, y los restantes se venden a particulares.

Todos los reyes indios (y conste que son varios centenares) poseen rebaños de elefantes con los que salen a hacer las visitas oficiales y son dignos de admirarse los fastuosos palanquines de metales preciosos que se ajustan sobre la gigantesca montura.

Pero el progreso marcha constantemente, lo mismo en Europa que en la India, y los poderosos radjahs que envían a sus hijos a los países europeos para estudiar adquieren automóviles soberbios cuya comodidad y confort dejan muy atrás a los del elefante.

No faltan, sin embargo, monarcas que permanecen fieles a la tradición y sostienen a costa de grandes gastos un número de elefantes proporcional a su poderío y riqueza.

Y no hay exageración al decir «grandes gastos» porque hay que tener en cuenta que para cada uno de estos animales se destina una nutrida servidumbre. Así, entre los servidores afectos a cada uno de estos paquidermos, hay un hombre que se ocupa exclusivamente de lavarlo todos los días, otro, que cuida sus uñas, otro para preparar su comida, otro, para servirse-la, uno más para cuidar de su lecho, y otros más para cada una de las atenciones que requiere tan gigantesco animal. Y ha de tenerse presente que las leyes religiosas





del país dividen estrechamente a los indios en castas y no puede, por ejemplo, dar de comer a un elefante, el servidor destinado a arreglar su cama.

También están al servicio de estos privilegiados animales varios artistas y joyeros. Los primeros se encargan de pintarle la cabeza, la trompa, las orejas y las patas con vistosos motivos alegóricos que son tanto más cuidados cuanto más importante es la fiesta en que haya de figurar el elefante.

Los segundos, los joyeros, ajustan en los colmillos ricos brazaletes de oro y plata incrustados de piedras preciosas.

En fin, cada elefante tiene su «ayudante» que no lo abandona ni un solo momento y que lo dirige, bien con su voz bien por medio de una frágil varilla.

Estos majestuosos animales, escogidos como antes he dicho, entre los de más talla y más hermosos colmillos cuestan carísimos. Un elefante de segunda categoría se vende generalmente en un millar de libras esterlinas. Los que se ven por las casas de fieras y por los circos son ejemplares de tercera clase, procedentes de Indochina o de Ceilán.

Dos clases de elefantes existen en el globo. Los asiáticos y los africanos. De estas dos clases la primera destaca por el tamaño y magnificencia de sus individuos.

Los elefantes fueron empleados antiguamente en la guerra, y entre las leyendas indias cuéntase una que atribuye a un elefante el rasgo de haber disparado un cañón cuyos servidores habían muerto todos, aplicando fuego a la mecha con una antorcha encendida que sujetaba con su trompa. Gracias a este inesperado cañonazo se puso el enemigo en dispersión. Ni más ni menos que lo mismo que ocurrió en el sitio de Zaragoza con Agustina de Aragón.

En la Gran Guerra (me refiero a la Guerra europea de 1914) el ejército anglo-indio utilizó también los elefantes para el arrastre de la artillería pesada.

No todos los elefantes al servicio de los reyes indios se destinan a montura de gala. Los hay también dedicados al arrastre de fastuosos carros, especie de templetes ricamente ataviados y donde se instalan con toda comodidad quince o veinte personas que comparten con el monarca las delicias de las excursiones.

Otros elefantes los dedican a la caza y con ellos van los monarcas a través de

los bosques de sus posesiones en persecución de tigres, leopardos y otras fieras selváticas.

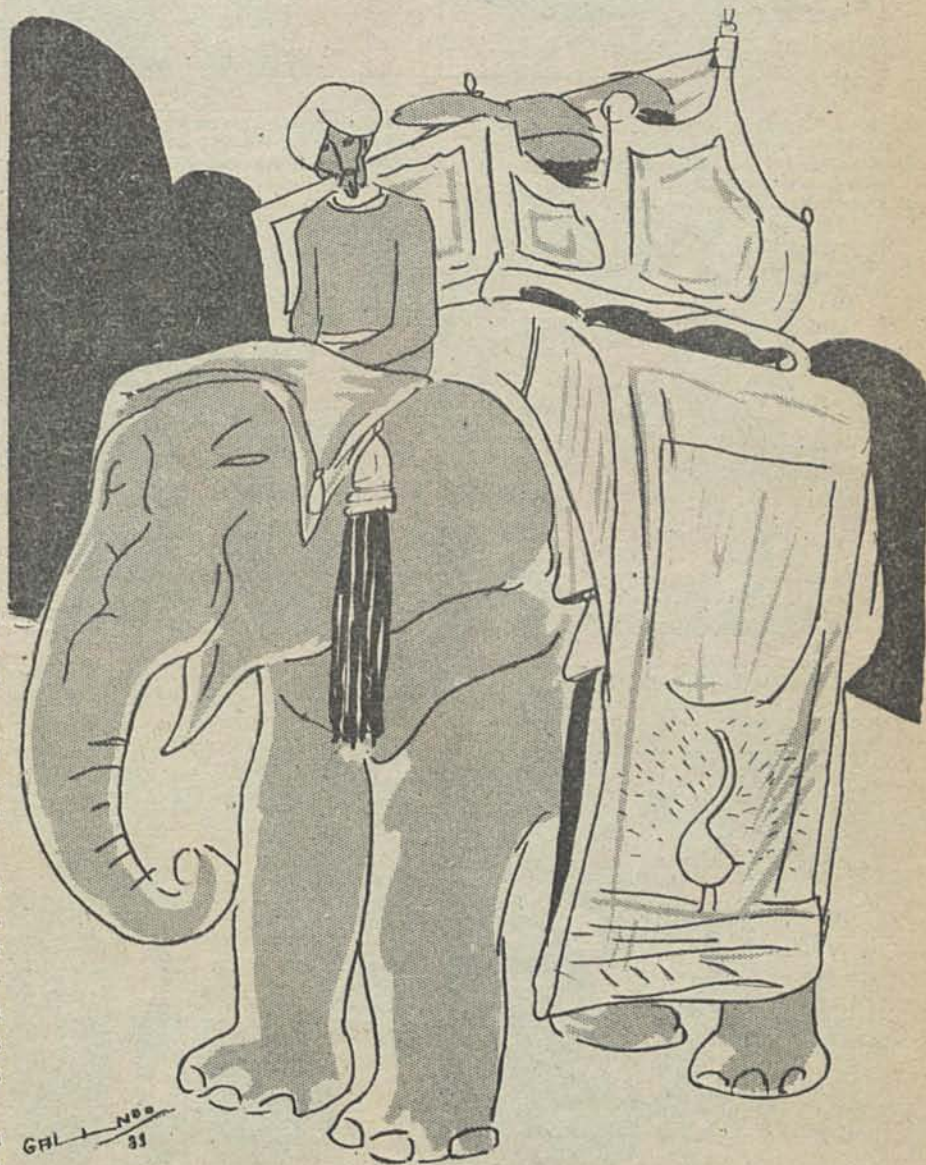
—¿Por qué no descendemos y tomamos tierra?—preguntó Chonón—. Este país debe de ser interesantísimo.

—¡Bravo!—añadió el inspector—. Necesito comprar una porción de cosas y me vendría muy bien un aterrizaje cerca de alguna población importante.

—Iremos a Bombay—dijo Pinocho enfilando el aeróbús hacia el Norte—. Allí hay de todo.

—Yo compraré un par de zurriagos para acariciar a los nenes—dijo Corretón—mesándose las barbas.

A las pocas horas el aerostato tomaba tierra en un vasto terreno cerca de Bombay, la inmensa urbe india por cuyas calles corrió con júbilo la noticia que anunciaba la llegada del aeróbús pinochista.



GPI - No 31



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



PERO, NIÑO ¿NO HAS OIDO LAS ONCE?

A MI, PLIM. UN SERVIDOR ESTÁ HOY GRAVÍSIMO. TENGO UNA PULMONÍA DOBLE EN EL DEDO GRUESO DEL PIE IZQUIERDO QUE ME ESTÁ MATANDO



TIENES UNA CALENTURA DE NOVENTA Y CINCO GRADOS A LA SOMBRA. EN CUANTO EL TERMÓMETRO SUBA UNA MILÉSIMA MÁS LA DINÁS

BUENO, HOMBRE; NO SEA USTED TARUGO Y AVISE AL DOCTOR



LO QUE TIENE ESTE NENE ES UNA INDIGESTIÓN DE PIRULISES. QUE TOME RICINO Y UNA COPITA DE JEREZ DESPUÉS DEL CALDO Y AQUÍ PAZ Y DESPUÉS GLORIA



¡QUÉ SUERTE TIENEN ALGUNOS! SE ATIBORRAN DE PIRULISES Y ENCIMA LES MANDAN TOMAR JEREZ ¡CON LO QUE A MI ME GUSTA!



MIRA, NIÑO; AQUÍ EN LA MESITA TE DEJO EL VINILLO Y EL RICINO. CUANDO TE TOQUE BEBER EL JEREZ, AVISA Y YO TE AYUDARÉ, MORENO



LE DARÉ CAMBIAZO A LAS BOTELLAS Y ASÍ ME BEBERÉ PRIMERO EL VINILLO Y LUEGO QUE SE BEBA RITA EL RICINO.



¡CARAMBA, DON EPICETITO! SIÉNTESE Y SE TOMARÁ USTED UN VASITO DE JEREZ

¡ENCANTADO!



¡VAYA! ¡A LA SALUD DEL ENFERMO!

¡MI ABUELA! ¡SE BEBE UN CUARTILLO DE RICINO!



¡NOSE! ¡NOSE! ¡PERO ÉSE GUSTITO QUE TENÍA EL VINILLO ME ESTÁ A MI ESCAMANDO!



¡COLORIN! SU PANDILLA



DON KATITE



CUENTOS DE CALLEJA

PIPI Y SU AMO

Castillo



UNA vez había un muchacho llamado Antonio que tenía un borreguito blanco como la nieve, con unas lanas muy largas que parecían de seda y un collarcito azul que le estaba precioso.

Además llevaba colgado del collar un cascabelito de plata que sonaba tintín a cada paso que daba el borreguito.

Todas las tardes salía Antonio a pasear con su borrego, y éste caminaba detrás de su amigo dando saltos y balando con indecible ternura.

Muchas veces ocurría que se cansaba Antoñito de andar, y entonces el borrego se arrodillaba para que su dueño cabalgase, y así le llevaba hasta su casa. Antonio le puso por nombre «Pipi», y era tan inteligente que en cuanto le llamaba acudía como una exhalación balando dulcemente.

Cierto día, en el paseo, se encontró Antonio a unos amiguitos muy revoltosos, que se empeñaron en jugar al toro con el pobre «Pipi», el cual se incomodó mucho al ver cómo le mareaban llamándole por todos lados.

—Toma, «Pipi»—gritaba uno.

—Anda, torito—vociferaba otro.

Y todos desplegaban la capa, esperando la acometida.

«Pipi» estuvo dudoso entre arremeter o huir, pero tanto le molestaron, que se dijo para su pellejo:

—Ahora vais a ver a un miura.

En esto, Juanito, un grandullón muy travieso, decía a sus compañeros:

—Si no embiste habrá que ponerle banderillas de fuego.

Oír esto «Pipi» y arrimarle un topetazo fué lo mismo. Tal fué y tan desprevenido cogió a Juan el encontrón, que sin poderlo remediar vino al suelo, dándose un fenomenal batacazo.

Los otros, que vieron el triste fin del primer espada, echaron a correr como alma que lleva el diablo, tirando capas y monteras, y alguno no paró hasta su

casa, y allí se metió debajo de la cama, no creyéndose seguro todavía.

«Pipi» dió una vuelta por el ruedo, y no viendo enemigos a quienes derribar, se acercó a su amo balando dulcemente, como diciéndole:

—Ya ves cómo me he portado, y en cambio tus amigos, en cuanto se enteraron de que yo hacía pupa, han tomado las de Villadiego.

Cuando volvieron a casa, y al cruzar un montecillo, se oyó un graznido, y un águila enorme, cuyas abiertas alas oscurecían el sol, se lanzó sobre el infeliz corderillo, y enganchando sus poderosas garras en sus lanas, se remontó con él en el espacio.

—¡Beel! ¡beel!—balaba el pobre «Pipi» desde la altura, mientras Antoñito, lleno de dolor, gritaba:

—¡Socorro! ¡favor! ¡que se llevan a mi cordero!

Al verlo desaparecer fueron tales su dolor y su enojo, que sin consultar sus débiles fuerzas se puso en marcha en busca de su querido «Pipi», y cruzó valles y montes en la dirección que había seguido el águila, siempre con la esperanza de encontrarla.

—Como el águila haya matado a «Pipi»—dijo cerrando los puños—, de la primera pedrada la mato a ella

y a toda su familia y amigos.

Llegó la noche y con ella un miedo feroz para el muchacho, que a cada instante creía que algún animal dañino iba a devorarlo. Vió en el suelo una lucécilla, y al inclinarse para ver de dónde partía, encontró una hermosa luciérnaga de gran tamaño, que al verse prisionera exclamó:

—Suéltame, y no te pesará.

—¿Y qué podrás hacer por mí, pobre animalito? Te dejaré libre, porque no acostumbro a hacer daño a los animales.

Y al decir esto soltó a la luciérnaga, poniéndola sobre un rosál; más con gran sorpresa suya, el inofensivo insecto se convirtió en un hada bellísima, que llevaba en la mano una varita de virtudes.





—Yo soy— dijo— la Reina de las luciérnagas, y agradecida a tu bondad, quiero servirte en cuanto me pidas.

—Pues si esto es así, quiero saber dónde está «Pipí», mi cordero querido.

—Tú mismo vas a verlo—repuso el hada—. No tienes más que mirar por este canutito de marfil.

Y diciendo esto, entregó al niño uno del tamaño de un alfilerero.

Antoñito cogió con afán el presente del hada, y aplicando el ojo derecho al anteojo, miró en todas direcciones, hasta que por fin vió el nido del águila, y dentro de él al pobre «Pipí», ensangrentado y moribundo. Al ver este espectáculo el niño rompió a llorar.

Afligida el hada de su pena y enterada de lo que la causaba, dijo:

—Ese águila rapaz es la Reina de las aves, y tiene la costumbre de mantener a sus hijos, no sólo con corderillos, sino que ni siquiera los toros están libres de sus garras. Nada puedo yo personalmente contra ella, porque me está prohibido meterme en sus asuntos; pero en obsequio tuyo voy a darte mi varita de virtudes, que te ayudará a salir airoso de tu empresa. No tienes más que decir:

Varita, varita,
despierta en seguidita.

Y después le pides lo que quieras.

Agradeció mucho Antoñito el regalo, y se despidió cariñosamente de la Reina de los gusanos de luz. En el acto dijo:

Varita, varita,
despierta en seguidita.

—¿Qué quieres?—preguntó la vara.

—Que no maten a «Pipí», y que me lleves donde está.

Aun no había concluido de decirlo cuando se



sintió llevado por los aires con rapidez vertiginosa. A los pocos segundos se encontraba en la cima de una altísima montaña, imposible de escalar por ser humano. Allí, en una abertura, se encontraba el nido del águila tal y como lo viera con el mágico lente. Apenas llegó, un triste balido se dejó oír, y Antonio se estremeció de alegría al conocer a «Pipí».

—Varita — dijo

Antonio—, ¿cómo te las has compuestas para impedir que mataran a «Pipí».

—De un modo muy sencillo. He llenado de piedras el estómago del águila y los aguiluchos, y les he quitado el apetito. Así es que se han dormido creyendo haber cenado fuerte, y realmente, bien fuerte es lo que han cenado. Como duerman hasta que lo hayan digerido, ya tienen sueño para rato.

—Bueno, varita, y ¿cómo me las voy a componer para sacar a «Pipí» de su encierro?

—Aprovecha el sueño del águila, mas para no despertarla coge en la mano el cascabel del corderillo, y así no sonará.

Antonio se deslizó dentro del nido sin hacer el menor ruido, y cogió a «Pipí», que ignorando que se trataba de una mano amiga, creyó llegada su última hora y comenzó a balar de un modo desesperado. Pero Antonio ordenó a la varita que les diera a las águilas un sueño pesado y tan pesado fué como si hubieran escrito veinte planas de palotes. Extraído «Pipí», sólo quedaba que hacer una cosa: escapar antes que el águila se apercibiera, en cuyo caso podría costarles cara la bromita.

Apenas «Pipí» se enteró de que quien le había salvado era su amito, se entregó a los mayores transportes de regocijo: lamió sus manos, restregóse sobre sus piernas y comenzó a triscar por el campo, contentísimo de haber escapado bien de la aventura.

Pero aún no había amanecido cuando oyeron ruido de vuelo y vieron a lo lejos que el águila venía hacia ellos. Antonio en seguida empuñó su vara y dijo:

Varita, varita,
despierta en seguidita.

—¿Qué quieres?—dijo la vara.

—Que nos salves del águila.

Entonces el águila se lanzó furiosa sobre su presa, pero de un palo en el pico quedó imposibilitada de abrirlo, y, por último, otro golpe en el pecho la hicieron quedar inmóvil sobre una piedra.

Entonces echaron a correr Antonio y su cordero, hasta que se encontraron a las puertas de su casa.

El pobre «Pipí» tardó ocho días en reponerse del susto, y dos en venir a contarme lo ocurrido.

De «Pipí» la rara historia
conservad en la memoria.

FIN

ANITA

BUEN-CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1935, by The Chicago Tribune

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



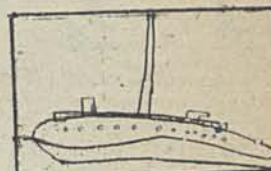
Castille
Angelita Domínguez



Conocidos
Ovidio Martínez



Cabeza
Odón Moles



Submarino.—J. Serna



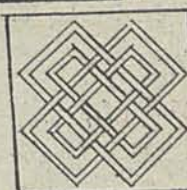
Cosaco.—José J. Díaz



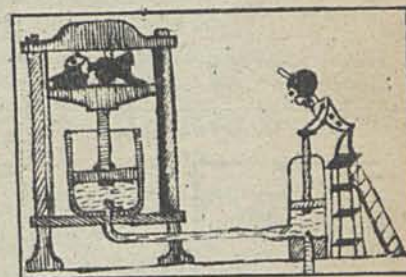
Mi primo Perico
Manuel Fernández



Zeppelin
Andrés Ortega



Dibujo
Gabriel Rubio



Muerte de Morronguis.—Cecilio Callejo



Una casita
Purita Hergueta



Dirigible.—Odón Moles



Auto
Alejandro Gómez



Carabelas
Juanito Serna



Un pato
Purita Hergueta



Un castillo. Alicia Muñoz



De paseo.—Rosita Calvo



Bobí
Margarita G.



Piel Roja
José L. Rodríguez



Torero.—Antonio Solís



La Princesa Rina-fu-fu
Aurora Carrasco



Chonón y Pericuelo
Eulalia Garriga



Desconocido
Ovidio Martínez



Asunto decorativo
A. Andrés



Mañanita de playa
Angelita Domínguez



Chufita
Alberto Álvarez



Currínche
Un desconocido



Un negro
P. Hergueta



Una bujía
Julían Sancho



Segovia.—Antonio de Andrés



Trabajo geométrico
Primitivo Garcimartín



Amadeo de Saboya
T. B.



Guerrero
C. Dalmau



¿Quién será?
Purita Hergueta



Anita
A. Carrasco



El falso Pinocho
José J. Díaz



Cabeza de don Turu
Paquita Lillo



Una jarra
Julían Sancho



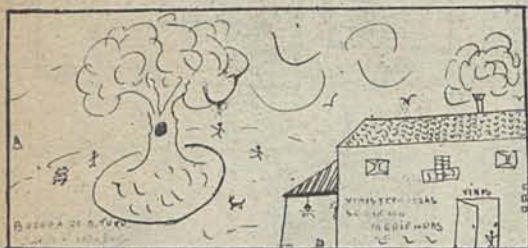
De tiempos antiguos
Purita Hergueta



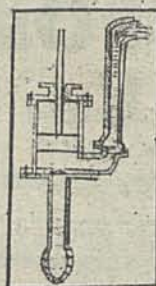
Niña.—M. G. C.



Caballero
Purita Hergueta



Bodega de don Turu.—Jalmito Klapp



Bomba
Isidro Martín



Tras el ladrón
Nicolás Ulaya



Pinocho descabellando
José Díaz Reguilón



Morronguis.—Luis Palacio



Noche de luna
Una argentinita



El ave lisa
Onofre Fernández



De banquete.—Paco Pino



Niña
L. R. del Alcázar



Niña chic
María Sesma



Basharri
J. Galdona



Carabelas
Juanito de la Serna



Caricatura
J. Luis Canal



Un póllo de hoy
María Barroso



Morronguis.—Paco Pino



Escena en el corral
Alejandro García



Paisaje.—David Muñoz



Paisaje.—Sebastián Villar



Un sombrero
Josefa Jiménez



Pinocho navegando
Ildefonso Mela



Canario
Fernando Garcimartín



Zarigüeya
Francisco Mayor



Mi casa de campo.—José López



Una pera
Alfredo Martínez



Don Sisenando
Conchita Ventura



Mi tío
María Sesma

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL TERREMOTO



Hace muchos años en un país de Oriente, tan sólo habitado por animales ocurrió un cataclismo: un terremoto.

Por causa de él desaparecieron del país un burro, un pato, un cisne y una zorra.

Y aquí teneis a sus amigos buscándolos inútilmente.

¿Podeis vosotros ayudarles en sus pesquisas y averiguar dónde están los animales en cuestión?

EL MONO Y EL LEON



Un mono trazó unos números sobre una pared, y un león, extrañado de ver aquellas cifras escritas sin orden ni concierto, le dijo al mono:

—Amigo mío ¿por qué has trazado esos números en la pared de una manera tan caprichosa?

El mono le contestó:

—Si coges un lápiz y unes los números con líneas siguiendo el orden correspondiente sabrás lo que hay oculto tras esos números.

El león hizo lo que el mono le aconsejaba, y ante sus ojos apareció...

Pero si queréis saber lo que apareció, coged un lápiz, imitando al león, y unid los números con líneas, como él, y adivinaréis todo el misterio.

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 324
DE MAYO

Envío del Pinochista D.



SECCIÓN PIRULIA

Charles de Pirula... bordadora

Cobita quiere crecer

Me diréis que lo que le pasa a Jacobita es lo mismo que les pasa a todas las demás Pirulindas; no hay una, que yo sepa, que no esté deseando ser persona mayor, y no hay nada más fácil que conseguirlo.

Basta con repetir frecuentemente: ¡Quiero ser una persona mayor! ¡Quiero ser una persona mayor! y así durante unos cuantos años para que cualquier niña, por pequeña que sea, se convierta efectivamente en una persona mayor. Es un procedimiento que os recomiendo porque es infalible.

Yo he conocido a un señor que de este modo lograba cosas asombrosas; por ejemplo, en invierno, cuando hacía mucho frío, empezaba a decir: ¡Quiero que haga calor! ¡Quiero que haga calor! y así un día y otro día; a los pocos meses hacía calor, ¡vaya si lo hacía! tanto que el buen señor achicharrado empezaba a decir lo contrario: ¡Quiero que haga frío! ¡Quiero que haga frío! y volvía el frío al cabo de unos cuantos meses.

Como veis nada más sencillo ni más seguro para conseguir muchas cosas. Pero el caso de Cobita es diferente.

Si ella quiere crecer no es para ser pronto una persona mayor, sino para tener más estatura de la que tiene, que es poquísima.

A las demás niñas suelen halagarlas las amigas de la mamá, exclamando cada vez que las ven: ¡Lo que ha crecido esta criatura! ¡Desde tres semanas que hace que la vi por última vez está desconocida! ¡Si está hecha una mujercita! ¡Parece que tiene once años! Y la mamá entonces, roja de orgullo, contesta: No, pues solamente tiene diez y once meses.

Pues todas estas cosas tan agradables y divertidas no las dicen nunca las amigas de la mamá de Jacobita. Y ¿cómo lo van a decir si a los diez años apenas parece que tiene siete? ¿Cómo la van a encontrar crecidísima si crece tan poco?

Claro que ha probado todos los medios que dicen que hacen crecer, el primero de todos, comer mucha sopa; pero como no sea que siga atracándose de sopa durante unos cuantos años, no parece que el remedio sea de una gran eficacia.

En la cama, duerme siempre muy estirada no sea que al encoger las piernas encoja toda y se quede todavía más chiquitina.

Y se sabe de memoria todos los cuentos donde hay princesitas y principitos microscópicos a los que alguna hada bienhechora regala un talismán encantado que hace crecer.

Pero en la vida no ha encontrado ninguna de esas hadas y el médico tampoco ha sabido darle ninguna medicina para el caso; y eso que ella estaría dispuesta incluso a tragarse un frasco entero de aceite de hígado de bacalao, si sirviera para crecer tan bien como sirve para engordar y dar fuerzas.

Pues bien, yo creo que Cobita es una tontuela en desesperarse por no ser buena moza. ¡Poquitas ventajas reporta el ser chiquitina!

Por de pronto, todo el mundo le quita años y esto que la molesta ahora, cuando sea persona mayor la encantará, porque a todas las señoras les gusta que se crea la gente que son más jóvenes. Y cuando sea vieja, viejecita, el tiempo se equivocará también y la dejará vivir unos años más de los que la correspondan.

Además, así, pequeña, parece una muñeca que es lo más agradable que le puede pasar a una niña; en cambio para nosotras, las muñecas, lo más agradable es parecer niñas. Lo mismo sucede con las flores que cuando son muy bonitas se dice que «parecen artificiales» y cuando están muy bien imitadas en trapo o en porcelana se dice que «parecen de verdad».

Y no hablemos de la comodidad de «caber» fácilmente en cualquier sitio, por ejemplo, poder sentarse con otras tres personas más, en un asiento de coche de los de dos plazas. En fin, Cobita no habrá dejado de notar que todos los héroes de cuento de poca estatura son siempre muy listos y muy simpáticos, y todas las heroínas muy lindas y muy buenas; y todas y todos tienen siempre mucha suerte.

Ahí tenéis sino a Pulgarcito que salva a sus hermanos, mata a un gigante y enriquece a su familia; y a Almendrita que acaba casándose con un principito. ¡Ah! pues ¿y la adorable Pizquita de Oro? Pero este cuento puede que no lo conozcáis porque es de mi invención. Os lo voy a contar... pero no ahora, no me cabe en la página; lo dejaremos para el domingo que viene.

Para lo que sí tengo sitio es para deciros que otro de los motivos por los cuales Cobita no debe apurarse por ser una miniatura es que esto no la impide además de ser lista, simpática, linda y buena como todas las heroínas de cuento de su estatura festonear admirablemente.

Y digo festonear solo porque aun cuando Jacobita, como buena Pirulinda sea muy habilidosa para todas las labores, lo que mejor la sale es el festón.

Ya veis, no conforme con hacer preciosos festones en pañitos para bandejas, también los hace en sus vestidos. Cobita se ha adornado nada menos que dos trajes para este verano.

Uno de ellos es de *toile* de hilo azul fuerte, con un festón menudo hecho con fino algodón de bordar azul marino, y con un grueso nudo en cada on dila del festón. El otro, de más vestir, es de organdí rosa pálido, con un gorriño igual; el festón, de anchas ondas, está bordado en blanco.



GALLADO